

La moza de cántaro

Lope de Vega

Este texto electrónico fue preparado por David Hildner. Se basa en el encontrado en *La moza de cántaro* ed. Madison Stathers (New York: Henry Holt, 1913; revisada 1938). Esta edición fue trasladada al HTML por Vern Williamsen in 1997 para ser presentado en esta colección.

PERSONAS:

- El CONDE, galán
- Don JUAN, galán
- Don DIEGO, galán
- FULGENCIO, galán
- Don BERNARDO, viejo
- PEDRO, lacayo
- MARTÍN, lacayo
- LORENZO, lacayo
- BERNAL, lacayo
- Doña MARÍA, dama
- Doña ANA, viuda
- LUISA, criada
- LEONOR, criada
- JUANA, criada
- ALCAIDE
- INDIANO
- MESONERO
- MOZO de mulas
- MÚSICOS
- LACAYOS
- ACOMPAÑAMIENTO

JORNADA PRIMERA

Salen Doña MARÍA y LUISA, con unos papeles

LUISA: Es cosa lo que ha pasado
para morirse de risa.

MARÍA: ¿Tantos papeles, Lúisa,
esos Narcisos te han dado?

LUISA: ¿Lo que miras dificultades?

5

MARÍA: ¡Bravo amor, brava fineza!

LUISA: No sé si te llame alteza
para darte estas consultas.

MARÍA: A señoría te inclina,
pues entre otras partes graves,
tengo deudo, como sabes,
con el duque de Medina.

10

LUISA: Es título la belleza
tan alto, que te podría
llamar muy bien señoría,
y aspirar, señora, a alteza.

15

MARÍA: ¡Lindamente me conoces!
Dasme por la vanidad.

LUISA: No es lisonja la verdad,
ni las digo, así te goces.

20

No hay en Ronda ni en Sevilla
dama como tú.

MARÍA: Yo creo,
Lúisa, tu buen deseo.

LUISA: Tu gusto me maravilla.
A ninguno quieres bien.

25

MARÍA: Todos me parecen mal.

LUISA: Arrogancia natural
te obliga a tanto desdén.

--Éste es de don Luis.

MARÍA: Lo leo
sólo por cumplir contigo.

30

LUISA: Yo soy de su amor testigo.

MARÍA: Y yo de que es necio y feo.

Lee

"Considerando conmigo a solas, señora
doña María..."

No leo.

35

Rompe el papel

LUISA: ¿Por qué?

MARÍA: ¿No ves
que comienza alguna historia,
o que quiere en la memoria
de la muerte hablar después?

LUISA: Éste es de don Pedro.

MARÍA: Muestra.

LUISA: Yo te aseguro que es tal,
que no te parezca mal.

40

MARÍA: ¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

Lee

"Con hermoso, si bien severo, no dulce,
apacible sí rostro, señora mía, mentida
vista me miró vuestro desdén, absorto de
toda humanidad, rígido empero, y no con
lo brillante solícito, que de candor
celeste clarifica vuestra faz, la
hebdómada pasada."

45

Rómpele

¿Qué receta es ésta, di?

50

¿Qué médico te la dio?

LUISA: Pues ¿no entiendes culto?

MARÍA: ¿Yo?

¿Habla de "aciértame aquí"?

LUISA: Hazte boba, por tu vida.

¿Puede nadie ser discreto
sin que envuelva su conceto
en invención tan lucida?

55

MARÍA: ¿Ésta es lucida invención?

Ahora bien, ¿hay más papel?

LUISA: El de don Diego, que en él
se cifra la discreción.

60

Lee

MARÍA: "Si yo fuera tan dichoso como vuestra
merced hermosa, hecho estaba el partido."

Rómpele

¿Qué es partido? No prosigo.

LUISA: ¿Que nada te ha de agradar?

65

MARÍA: Pienso que quiere jugar
a la pelota conmigo.

Luisa, en resolución,
yo no tengo de querer
hombre humano.

70

LUISA: ¿Qué has de hacer,
si todos como éstos son?

MARÍA: Estarme sola en mi casa.

Venga de Flandes mi hermano,
pues siendo tan rico, en vano
penas inútiles pasa.

75

Cásese, y déjeme a mí
mi padre; que yo no veo
dónde aplique mi deseo
de cuantos andan aquí,
codiciosos de su hacienda;
que, si va a decir verdad,
no quiere mi vanidad
que cosa indigna le ofenda.

80

Nací con esta arrogancia.

No me puedo sujetar,
si es sujetarse el casar.

85

LUISA: Hombres de mucha importancia
te pretenden.

MARÍA: Ya te digo
que ninguno es para mí.

LUISA: Pues ¿has de vivir así?

90

MARÍA: ¿Tan mal estaré conmigo?

Joyas y galas ¿no son
los polos de las mujeres?

Si a mí me sobran, ¿qué quieres?

LUISA: ¡Qué terrible condición!

95

MARÍA: Necia estás. No he de casarme.

LUISA: Si tu padre ha dado el sí,
¿qué piensas hacer de ti?

MARÍA: ¿Puede mi padre obligarme
a casar sin voluntad?

100

LUISA: Ni tú tomarte licencia

para tanta inobediencia.

MARÍA: La primera necedad
dicen que no es de temer,
sino las que van tras ella, 105
pretendiendo deshacella.

LUISA: Los padres obedecer
es mandamiento de Dios.

MARÍA: ¿Ya llegas a predicarme?

LUISA: Nuño acaba de avisarme 110
que estaban juntos los dos . . .

MARÍA: ¿Quién?

LUISA: Mi señor y don Diego.

MARÍA: ¿Qué importa que hablando estén,
si no me parece bien,
y le desengaño luego? 115

LUISA: Y don Luis ¿no es muy galán?

MARÍA: Tal salud tengas, Lúisa.
Muchas se casan aprisa,
que a llorar despacio van.

LUISA: Ésa es dicha y no elección; 120
que mirado y escogido
salió malo algún marido,
y otros sin ver, no lo son.
Que si son por condiciones
los hombres buenos o malos, 125
muchas que esperan regalos
encuentran malas razones.
Pero en don Pedro no creo
que haya más que desear.

MARÍA: Sí hay, Luisa... 130

LUISA: ¿Qué?

MARÍA: No hallar
a mi lado hombre tan feo.

LUISA: Mil bienes me dicen dél,
y tú sola dél te ríes.

MARÍA: Lúisa, no me porfíes;
Que éste es don Pedro el Crüel. 135

LUISA: Tu desdén me maravilla.

MARÍA: Pues ten por cierta verdad
que es rey de la necedad,
como el otro de Castilla.

LUISA: Don Diego está confiado; 140
joyas te ha hecho famosas.

MARÍA: ¿Joyas?

LUISA: Y galas costosas;
hasta coche te ha comprado.

MARÍA: Don Diego de noche y coche.

LUISA: ¡De noche un gran caballero! 145

MARÍA: Mas ¡ay Dios! que no le quiero
para don Diego de noche.

Otra le goce, Lúisa,
no yo. ¡De noche visiones!

LUISA: Oigo unas tristes razones. 150

MARÍA: Volvióse en llanto la risa.

¿No es éste mi padre?

LUISA: Él es.

*Don BERNARDO, de hábito de Santiago, con un lienzo en los
ojos. DICHAS*

BERNARDO: ¡Ay de mí!

MARÍA: Señor, ¿qué es esto?

¿Vos llorando y descompuesto,
y yo no estoy a esos pies? 155

¿Qué tenéis, padre y señor,
mi solo y único bien?

BERNARDO: Vergüenza de que me ven
venir vivo y sin honor.

MARÍA: ¿Cómo sin honor? 160

BERNARDO: No sé.

Déjame, por Dios, María.

MARÍA: Siendo vos vida en la mía,
¿cómo dejaros podré?

¿Habéis acaso caído?
Que los años muchos son. 165

BERNARDO: Cayó toda la opinión
y nobleza que he tenido.

No es de los hombres llorar;
pero lloro un hijo mío 170

que está en Flandes, de quien fío
que me supiera vengar.

Siendo hombre, llorar me agrada;
porque los viejos, María,

somos niños desde el día
que no quitamos la espada. 175

MARÍA: Sin color, y el alma en calma

os oigo, padre y señor;
 mas ¿qué mucho sin color,
 si ya me tenéis sin alma?
 ¿Qué había de hacer mi hermano? 180
 ¿De quién os ha de vengar?
 BERNARDO: Hija, ¿quiéresme dejar?
 MARÍA: Porfías, señor, en vano.
 Antes de llorar se causa
 la excusa, pero no agora; 185
 que siempre quiere el que llora
 que le pregunten la causa.

 BERNARDO: Don Diego me habló, María...
 Contigo casarse intenta...
 Respondíle que tu gusto 190
 era la primer licencia,
 y la segunda del Duque.
 Escribí, fue la respuesta
 no como yo la esperaba;
 que darte dueño quisieran 195
 estas canas, que me avisan
 de que ya mi fin se cerca.
 Puse la carta en el pecho,
 lugar que es bien que le deba;
 que llamarme deudo el Duque 200
 fue de esta cruz encomienda.
 Vino a buscarme don Diego
 a la Plaza (¡nunca fuera
 esta mañana a la Plaza!),
 y con humilde apariencia 205
 me preguntó si tenía
 (aunque con alguna pena)
 carta de Sanlúcar. Yo
 le respondí que tuviera
 a dicha poder servirle: 210
 breve y bastante respuesta.
 Dijo que el Duque sabía
 su calidad y nobleza;
 que le enseñase la carta,
 o que era mía la afrenta 215
 de la disculpa engañosa.
 Yo, por quitar la sospecha,
 saqué la carta del pecho,

y turbado leyó en ella
 estas razones, María. 220
 --Quien tal mostró, que tal tenga.
 --"Muy honrado caballero
 es don Diego; pero sea
 el que ha de ser vuestro yerno
 tal, que al hábito os suceda 225
 como a vuestra noble casa."
 Entonces don Diego, vuelta
 la color en nieve, dice,
 y de ira y cólera tiembla:
 "Tan bueno soy como el Duque." 230
 Yo con ira descompuesta
 respondo: "Los escuderos,
 aunque muy hidalgos sean,
 no hacen comparación
 con los príncipes; que es necia. 235
 Desdecíos o le escribo
 a don Alonso que venga
 desde Flandes a mataros."
 Aquí su mano soberbia...
 Pero prosigan mis ojos 240
 lo que no puede la lengua.
 Déjame; que tantas veces
 una afrenta se renueva
 cuantas el que la recibe
 a el que la ignora la cuenta. 245
 Herrado traigo, María,
 el rostro con cinco letras,
 esclavo soy de la infamia,
 cautivo soy de la afrenta.
 El eco sonó en el alma; 250
 que si es la cara la puerta,
 han respondido los ojos,
 viendo que llaman en ella.
 Alcé el báculo... Dijeron
 que lo alcancé... no lo creas; 255
 que mienten a el afrentado,
 pensando que le consuelan.
 Prendióle allí la justicia,
 y preso en la cárcel queda:
 ¡pluguiera a Dios que la mano 260
 desde hoy estuviera presa!

¡Ay, hijo del alma mía!
¡Ay, Alonso! Si estuvieras
en Ronda... Pero ¿qué digo?
Mejor es que yo me pierda. 265
Salid, lágrimas, salid . . .
Mas no es posible que puedan
borrar afrentas del rostro,
porque son moldes de letras
que, aunque se aparta la mano, 270
quedan en el alma impresas.

Vase

LUISA: Fuese.
MARÍA: Déjame de suerte
que no pude responder.
LUISA: Ve tras él; que puede ser
que intente darse la muerte, 275
viendo perdido su honor.
MARÍA: Bien dices: seguirle quiero;
que no es menester acero
adonde sobre el valor.

Vanse. Salen Don DIEGO, FULGENCIO

FULGENCIO: La razón es un espejo 280
de consejos y de avisos.
DIEGO: En los casos improvisos
¿quién puede tomar consejo?
FULGENCIO: Los años de don Bernardo
os ponen culpa, don Diego. 285
DIEGO: Confieso que estuve ciego.
FULGENCIO: Es don Alonso gallardo
y gran soldado.
DIEGO: Ya es hecho,
y yo me sabré guardar.
FULGENCIO: Un consejo os quiero dar 290
para asegurar el pecho.
DIEGO: ¿Cómo?
FULGENCIO: Que dejéis a España
luego que salgáis de aquí.
DIEGO: ¿A España, Fulgencio?
FULGENCIO: Sí;

porque será loca hazaña 295
 que a don Alonso esperéis;
 que, fuera de la razón
 que él tiene en esta ocasión,
 pocos amigos tendréis.
 Toda Ronda os pone culpa. 300
 DIEGO: Claro está, soy desdichado...
 Pues el haberme afrentado
 era bastante disculpa.
 FULGENCIO: Mostraros la carta fue
 yerro de un hombre mayor. 305
 DIEGO: En los lances del honor
 ¿quién hay que seguro esté?
 FULGENCIO: El tiempo suele curar
 las cosas irremediables.

El ALCAIDE de la Cárcel, con barba y bastón. DICHOS)

ALCAIDE: Una mujer está aquí 310
 que quiere hablaros.
 DIEGO: Dejadme,
 Fulgencio, si sois servido.
 FULGENCIO: A veros vendré a la tarde.

Vase

ALCAIDE: Llegó a la puerta cubierta;
 pedíle que se destape, 315
 y dijo que no quería.
 Parecióme de buen talle
 y cosa segura; en fin,
 gustó de que la acompañe
 a vuestro aposento. 320
 DIEGO: Que entre
 la decid, y perdonadme;
 que es persona principal,
 si es quien pienso.
 ALCAIDE: En casos tales
 se muestra el amor.

Vase. Dentro

(Entrad.)

Sale Doña MARÍA, cubierta con su manto

DIEGO: ¡Sola, mi señora, a hablarme, 325

y en parte tan desigual
de vuestra persona y traje!

MARÍA: Dan ocasión los sucesos
para desatinos tales.

DIEGO: Descubríos, por mi vida, 330
advirtiéndome que no hay nadie
que aquí pueda conoceros.

[Descúbrese doña María.]

MARÍA: Yo soy.

DIEGO: Pues, ¡vos en la cárcel!

MARÍA: El amor que me debéis
desta manera me trae; 335

que, agradecida del vuestro,
me fuerza a que me declare.

A pedirlos perdón vengo
y a que no pase adelante
este rigor, pues el medio 340

de hacer estas amistades
es el casarnos los dos;

que cuando a saber alcance
don Alonso que soy vuestra,
no tendrá de qué quejarse. 345

Con esto venganzas cesan,
que suelen en las ciudades

engendrar bandos, de quien
tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra 350

que es justo y que Ronda sabe,
satisfecho el señor Duque,

desenajado mi padre,
y yo con tan buen marido
que pueda mi casa honrarse 355

y don Alonso mi hermano.

DIEGO: ¿Quién pudiera sino un ángel,
señora doña María,
hacer tan presto las paces?

Vuestro gran entendimiento 360
y divino en esta parte,
ha dado el mejor remedio
que pudiera imaginarse.
No le había más seguro,
y sobre seguro, fácil, 365
para que todos quedemos
honrados cuando me case.
No será mucha licencia
que a el altar dichoso abrace,
sagrado de mis deseos, 370
donde está Amor por imagen,
pues ya decís que sois mía.
MARÍA: Quien supo determinarse
a ser vuestra, no habrá cosa
que a vuestro gusto dilate. 375
Confirmaré lo que digo
con los brazos. --Muere, infame.

Al abrazarle, saca una daga y dale con ella

DIEGO: ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!
MARÍA: ¿En canas tan venerables
pusiste la mano, perro? 380
Pues estas hazañas hacen
las mujeres varoniles.
Yo salgo. ¡Cielo, ayudadme!

Vase. Sale FULGENCIO

FULGENCIO: Paréceme que he sentido
una voz, y que salió 385
esta mujer que aquí entró
(que no sin sospecha ha sido)
más turbada y descompuesta
que piden casos de amor.
No fue vano mi temor. 390
¡Don Diego!... ¿Qué sangre es ésta?
DIEGO: Matóme doña María,
la hija de don Bernardo.
FULGENCIO: ¡Alcaide! ¡Gente! ¿Qué aguardo?
(Mas cosa injusta sería **Aparte** 395
ocasionar su prisión.

Esperar que salga quiero;
que esto ya es hecho.)

DIEGO: Yo muero
con razón, aunque a traición.
Muy justa venganza ha sido,
por fiarme de mujer.
Mas no la dejéis prender.
FULGENCIO: Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
que la prendan?

DIEGO: Ha vengado
las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis...
Y que yo soy, cuanto a mí,
su yerno, pues se casó
conmigo, aunque me mató
cuando los brazos le di.
Con esto vuelvo a su fama
lo que afrentarla pudiera.
FULGENCIO: Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama.

Se lleva a don DIEGO. Salen el CONDE y don JUAN

CONDE: ¡Hermosa viuda, don Juan!
No he visto cosa más bella.
JUAN: Con razón, Conde, por ella
esos desmayos os dan.

CONDE: ¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,
imagen, menos la cara
y manos, que son marfil.

JUAN: Vos tenéis un gran sujeto
para versos.

CONDE: No he pensado
meterme en ese cuidado;
que pienso andar más discreto.
JUAN: ¿Cómo?

CONDE: Remitirme a el oro,
que es excelente poeta.

JUAN: Dicen que es rica y discreta:
guardadle más el decoro.

CONDE: ¿Fue vuestro criado allá?

JUAN: Con una criada habló,
y a estas horas pienso yo
que bien informado está. 435

CONDE: Mejor entre sus iguales
suele hablar más libremente
este género de gente.

Sale MARTÍN

JUAN: ¿Qué hay, Martín? Contento sales. 440

MARTÍN: Servir a el Conde deseo.

CONDE: Yo estimo tu buen amor.

MARTÍN: Hablé con la tal Leonor,
como si fuera en mi empleo,
estando en larga oración
la retórica lacaya, 445

y ella, a manera de maya,
serena toda facción.

Díjela que me tenía
sin alma Leonor la bella;
que hacía un mes que la huella 450

de sus chinelas seguía;
y que bailando en el río
de la castañeta al son,
me entró por el corazón
y por toda el alma el brío. 455

Cuando ya la tuve tierna,
pregunté la condición
de su ama, y la razón
de estado que la gobierna. 460

Dijo que era principal,
con deudos de gran valor,
y que tenía su honor,
desde que enviudó, cabal.

Que era rica y entendida,
y no de su casa escasa, 465
si bien no entraba en su casa
ni aun sombra de alma nacida.

Que al parecer recatada
era todo su cuidado,
y díjome que había estado 470
sólo dos meses casada;
porque su noble marido,

de enamorado, murió.

CONDE: No envidio la muerte yo,
la causa sí.

475

JUAN: Necio ha sido,
pues tanto tiempo tenía.

MARTÍN: Poca edad y mucho amor,
toda la vida, señor,
remiten a solo un día.

CONDE: ¿Cómo trae tan pequeñas
tocas?

480

JUAN: Más hermosa está.

MARTÍN: Porque las largas son ya
para beatas y dueñas.

Y las cortas en la corte
no se traen sin ocasión.

485

CONDE: ¿Qué ocasión dará razón
que para disculpa importe?

MARTÍN: Muriósele a una casada
su marido, y no quedó
muy triste, pues le envolvió

490

como si fuera pescada,
en un pedazo de anejo;
y sin que cumpliera manda,
con largas tocas de holanda
salió vertiendo poleo

495

en un reverendo coche.
Pero el muerto, mal contento,
del sepulcro a su aposento
se trasladó aquella noche,
y díjole "¡Vos, Holanda,
y yo anejo, picarona!

500

¿No mereció mi persona
una sábana más blanda?"

Esto diciendo, el difunto
en las tocas se envolvió
y el anejo le dejó:

505

oportunidad desde aquel punto
con que sin tocas las veo;
y cuerdo temor ha sido,
porque no vuelva el marido
a dejarles el anejo.

510

CONDE: Cuanto la licencia alargas,
la obligación disimulas.

MARTÍN: Señor, en dueñas y en mulas
están bien las tocas largas. 515

CONDE: Mucha honestidad promete,
y es decoro justo y santo.

MARTÍN: Una viuda con un manto
es obispo con roquete.

Fuera de esto, aquel estar 520
siempre en una misma acción
no mueve la inclinación
que el traje suele obligar.
Ver siempre de una manera
a una mujer es cansarse. 525

CONDE: Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTÍN: Pues ¿no se muda y altera,
mudando el traje, el semblante?

JUAN: Conde, Martín dice bien;
porque el variar tan bien 530
da novedad a el amante.

MARTÍN: De mi condición advierte
que me pudren las pinturas,
porque siempre las figuras
están de una misma suerte. 535

¿Qué es ver levantar la espada
en una tapicería
a un hombre, que en todo el día
no ha dado una cuchillada?

¿Qué es ver a Susana estar 540
entre dos viejos desnuda,
y que ninguno se muda
a defender ni a forzar?

Linda cosa es la mudanza
del traje. 545

CONDE: La viuda, en fin,
¿es conversable, Martín?

MARTÍN: No me quitó la esperanza,
si entráis con algún enredo;
que dice que da lugar
que la puedan visitar. 550

CONDE: Yo le buscaré, si puedo.

JUAN: Como visto no te hubiera,
fácil remedio se hallara.

CONDE: Si en que me ha visto repara,
fingirme enojarla fuera. 555

Llama; que yo he prevenido
con que me pueda creer.
JUAN: No lo echemos a perder.
CONDE: No puedo estar más perdido.

Vanse. El CONDE, don JUAN, MARTÍN

MARTÍN: Ya te ha visto: a verte sale. 560
No le has parecido mal.
CONDE: ¿Hay jazmín, rosa y cristal
que a la viudilla se iguale?

Salen doña ANA, de viuda, LEONOR y JUANA

ANA: Novedad me ha parecido;
Vueseñoría perdone. 565
CONDE: No hay novedad que no abone
el deseo que he tenido
de serviros, si yo fuese,
para que no os cause enojos,
tan dichoso en vuestros ojos, 570
que serviros mereciese.
ANA: Leonor, sillas.

A don JUAN

MARTÍN: (No va mal,
pues piden sillas.)

A MARTÍN

JUAN: (Martín,
la viudilla es serafín
de perlas y de coral.) 575
MARTÍN: (¿Agrádate a ti también?)
JUAN: (A esa pregunta responde
que está enamorado el Conde,
y yo no.)
MARTÍN: (Dices muy bien.)
ANA: ¿Quién es este caballero? 580
CONDE: Mi primo don Juan.
ANA: Señor,
perdonad.

JUAN: No ha sido error.
 Hablad; que estorbar no quiero.
 ANA: Vos no podéis estorbar,
 ni aquí tendréis ocasión. 585
 JUAN: No lo mandéis.
 ANA: Es razón.
 JUAN: No me tengo de sentar.
 ANA: Ahora bien, yo no porfío.
 JUAN: Decísme que necio soy.
 CONDE: Oídme. 590
 ANA: Oyéndoos estoy.
 JUAN: Por lo mismo me desvío.
 CONDE: Señora, aunque os he mirado
 mil veces sin conoceros,
 antes que viniera a veros
 tuve de veros cuidado. 595
 Vuestro esposo, que Dios tiene,
 era mi amigo: jugamos
 una noche; comenzamos
 por una rifa, que viene
 a ser, como en los amores, 600
 la tercera que concierta,
 o a lo menos que dispierta
 el gusto a los jugadores.
 Perdió, picóse, sacó
 unos escudos, y luego, 605
 terciando mi primo el juego,
 cuatro sortijas perdió.
 Mas vamos a lo que importa.
 ANA: Esas sortijas eché
 menos: pesadumbre fue 610
 (tan mal amor se reporta)
 porque vine a sospechar
 que a alguna dama las dio.

A MARTÍN

JUAN: (Bien la mentira salió.)
 MARTÍN: (¿Hay cosa como atinar 615
 las sortijas que faltaron?)
 JUAN: (Hay dichosos en mentir.)
 MARTÍN: (A cuantas supe decir,

con el hurto me pescaron.
No he mentido sin que luego
no se me echase de ver.)

CONDE: Así se vino a encender
con esta pérdida el juego,
que perdió seis mil ducados
sobre palabra segura,
de que tengo una escritura.

ANA: Más enredos y cuidados
que días vivió conmigo
don Sebastián me dejó.
¿Seis mil ducados?

CONDE: Si yo
basto, que soy quien lo digo,
y los testigos presentes.
MARTÍN: Al firmarla estuve allí
tan presente como aquí.

A MARTÍN

JUAN: (¡Con qué desvergüenza mientes!)

MARTÍN: (¡Qué gracia! El buen mentidor
ha de ser, señor don Juan,
descarado a lo truhán,
y libre a lo historiador.)

ANA: Pensé que vueseñoría
me venía hacer merced.

CONDE: Que os he de servir creed;
que ésa fue la intención mía.
No os dé pena la escritura,
puesto que fue de mayor;
que no tiene mal fiador
la paga en vuestra hermosura.

A don JUAN

MARTÍN: (¿Hay oficial de escritorios
que encaje el marfil así?)

JUAN: (En amando, para mí
son los engaños notorios.)

MARTÍN: (¿Amor se funda en engaños?)

JUAN: (Primero que el amor fueron;

pues desde que ellos nacieron
el mundo cuenta sus daños.) 655
CONDE: Si yo, señora, creyera
cobrar la deuda de vos,
sin conocernos los dos,
por otro estilo pudiera.
No vengo sino a ofreceros 660
cuanto tengo y cuanto soy,
con que pagado me voy,
y aun deudor de sólo veros.
Sólo os suplico me deis
licencia de visitaros, 665
si fuere parte a obligaros
confesar que me debéis,
no dineros, sino amor.
ANA: Yo quedo tan obligada,
como deudora y pagada 670
de vuestro heroico valor.
CONDE: Bésoos las manos.
ANA: El cielo
os guarde.
CONDE: ¿Vendré?
ANA: Venid.

Vase el Conde

ANA: ¡Ah, señor don Juan! Oíd.
MARTÍN: (Cayó el pez en el anzuelo.) **Aparte** 675
JUAN: ¿En qué os sirvo?
ANA: Bien sé yo
que todo aquesto es mentira.
JUAN: Y yo sé que el Conde os mira;
esto de la deuda no.
ANA: ¡Mala entrada de galán, 680
entrar mintiendo!
JUAN: Señora,
mi primo el Conde os adora.
ANA: Id con Dios, señor don Juan;
que yerra el Conde en traeros.
JUAN: ¿Deacreditolo yo? 685
ANA: Cuando el Conde me miró
me dio ocasión de quereros.
JUAN: Aunque deudos, nos preciamos

mucho más de ser amigos,
aunque envidias ni enemigos 690
no quieren que lo seamos.
Queredle bien; que merece,
señora, que lo queráis.
ANA: Lo que por él negociáis
al Conde desfavorece. 695
JUAN: Voy; que en la carroza aguarda.
Dad licencia que os visite,
y que yo lo solicite.
ANA: Si vuelve con vos, ya tarda.
JUAN: Tanto favor da a entender 700
que por él queréis honrarme.
ANA: Por vos quiero yo obligarme
para que me vuelva a ver.
JUAN: Todo se lo digo así.
ANA: Yo os tengo por más discreto. 705
JUAN: ¿Volverá el Conde en efeto?
ANA: No sin vos, y con vos sí.

Vanse don JUAN y MARTÍN

LEONOR: Mucho le has favorecido,
para ser la vez primera.
ANA: Cuando él me favoreciera, 710
mi favor lo hubiera sido;
mas no me quiso entender:
tomo la amistad del Conde.
JUANA: Agora tibio responde.
Aun no ha llegado a querer. 715

Para sí

ANA: (Necio pensamiento mío,
que en tal locura habéis dado,
volved atrás, afrentado
de ver tan necio desvío.
Yo, que de tanto me río, 720
¿ruego, pretendo, provoco?
Pensamiento, poco a poco,
no diga el honor que pierdo
que sois con desdenes cuerdo,
ya que quisistes ser loco. 725

Dieron los ojos en ver,
 puesto que en lugar sagrado,
 al hombre más recatado
 de mirar y de entender;
 mas, ya que ha venido a ser 730
 provocado a desafío,
 responde tan necio y frío,
 que me pide que a otro quiera:
 mirad ¿quién tal os dijera,
 triste pensamiento mío? 735
 En vano estoy descansando
 con daros disculpa a vos;
 mas tengámosla los dos,
 vos amando y yo pensando;
 porque de pensar amando 740
 lo que puede resultar,
 viene el alma a sospechar
 lo que imaginó del ver;
 porque no hubiera querer
 si no hubiera imaginar. 745
 Que no queráis os advierto
 hombre tan fino y helado,
 que por lo helado me ha dado
 tristes memorias del muerto.
 Pero si a cogerle acierto 750
 con mirar y con rogar . . .
 Guárdese, pues, de llegar;
 que, agraviada una mujer,
 quiere hasta que ve querer,
 por vengarse en olvidar.) 755

Vanse. Sale el INDIANO y un MOZO de mulas

INDIANO: Pasaremos de Adamuz
 si este recado nos dan.
 MOZO: Por eso dice el refrán:
 "Adamuz, pueblo sin luz."
 Mas mira que desde aquí 760
 comienza Sierra Morena.
 INDIANO: Tú las jornadas ordena;
 eso no corre por mí.

Sale un MESONERO

MESONERO: Bien venidos, caballeros.

INDIANO: Pues, huésped, ¿qué hay que comer? 765

MESONERO: Desde hoy a el amanecer
dos mozos, seis perdigueros
vienen con un perdigón,
de que estoy desesperado.

INDIANO: Para mí basta. 770

MESONERO: Ha llegado
a hurtaros la bendición
una mujer que le tiene.

INDIANO: Y cuando yo le tuviera,
por ser mujer se le diera.

¿Viene sola? 775

MESONERO: Sola viene.

INDIANO: ¡Sola! ¿De qué calidad?

MESONERO: Pobre, y de brío gallarda;
porque en un rocín de albarda
(el término perdonad)
como un soldado venía. 780

Ella propia se apeó,
le ató y de comer le dio
con despejo y bizarría.

Volvíla a mirar y vi
que un arcabuz arrimaba. 785

INDIANO: ¿Que es tan brava?

MESONERO: Aunque es tan brava,
os aseguro de mí
que más su cara temiera
que su arcabuz.

INDIANO: ¿Habéis sido
galán? 790

MESONERO: Bien me han parecido.

Ya pasó la primavera,
y estamos en el estío:
así los años se van.

INDIANO: ¿Qué traje trae?

MESONERO: Un gabán
que cubre el traje, no el brío; 795

un sombrero razonable...

Todo de poco valor;
al fin, parece, señor,
de buena suerte y afable,

menos aquel arcabuz. 800

INDIANO: ¿Es ésta?

MESONERO: La misma es.

Sale doña MARÍA, con sombrero, gabán y un arcabuz

MARÍA: (Temerosa voy, después **Aparte**
que he entrado por Adamuz,
por ser camino real,
a que nunca me atreví; 805

si bien desde que salí,
ha sido el ánimo igual
al peligro que he tenido.
¡Ay padre, y cuánto dolor
me da el verte sin favor, 810

si no es que el Duque lo ha sido!
Suelen faltar los amigos
en la mejor ocasión;
Mas ¡ay! que tus años son
los mayores enemigos. 815

Los de mi hermano pudieran
suplir los tuyos, señor,
aunque no para tu honor
más que mis manos hicieran.

Yo cumplí su obligación; 820
mas defenderte no puedo,
por no acrecentar el miedo
de mi muerte o mi prisión.

Al fin, bien está lo hecho.
¿De qué me lamento en vano? 825
¡Traidor don Diego! ¡A un anciano
con una cruz en el pecho! . . .

Así para quien se atreve
a las edades ancianas;
que es atreverse a unas canas 830
violiar un templo de nieve.

Pero la mano piadosa
del cielo quiere que espante
a un Holofernes gigante
una Judit valerosa.) 835

INDIANO: Como suelen los caminos
dar licencia a los que pasan

para entretener las horas,
 que por ellos son tan largas,
 a preguntaros me atrevo 840
 si lo ha de ser la jornada,
 o por ventura tenéis
 cerca de aquí vuestra casa.
 MARÍA: No soy, señor, desta tierra.
 INDIANO: Como os vi sola, pensaba 845
 que érades de alguna aldea
 de aquesta fértil comarca.
 MARÍA: No, señor; que yo nací
 de esa parte de Granada,
 y a servir en ella vine; 850
 que cuando los padres faltan
 en tierna edad a los pobres,
 no tienen otra esperanza.
 No se cansó mi fortuna,
 pues cuando contenta estaba 855
 del buen dueño que tenía,
 persona de órdenes sacras,
 le llevó también la muerte,
 que para mayor mudanza
 me dio ocasión, como veis. 860
 INDIANO: Y ¿dónde vais?
 MARÍA: Siempre hablaba
 esta persona que digo
 con notables alabanzas
 de la corte y de Madrid:
 yo, pues, a quien ya faltaba 865
 dueño, con algún deseo
 que de ver grandeza tanta
 nació con mi condición,
 determiné de dar traza
 de ir a servir a la corte. 870
 Y una vez determinada,
 lo que viviendo tenía
 el buen cura (que Dios haya)
 para su regalo y gusto,
 arcabuz, rocín de caza 875
 y este gabán, tomé luego,
 y voy con notables ansias
 de ver lo que alaban todos.
 MOZO: El camino de Granada

no es éste. 880

MARÍA: Decís muy bien;
mas vine por ver si estaba
en Córdoba un deudo mío.

INDIANO: ¡Determinación extraña
de una mujer!

MARÍA: Soy mujer.

INDIANO: Decís muy bien, eso basta. 885

YO VOY TAMBIÉN A MADRID:
traigo jornada más larga,
porque vengo de las Indias;
que pocas veces descansa
el ánimo de los hombres
aunque sobre el oro y plata. 890

Y si allá habéis de servir,
porque me dicen que tarda
el premio a las pretensiones
que la ocupación dilata,
casa tengo de poner: 895

si en el camino os agrada
mi trato, servidme a mí.

MARÍA: El cielo por vos me ampara.
Desde hoy soy criada vuestra,
y creed que soy criada 900

que os excusaré de muchas.

MOZO: (Convertirse quiere en ama.) **Aparte**

MARÍA: No habrá cosa que no sepa.

MOZO: Y yo salgo a la fianza;
que la buena habilidad 905

se le conoce en la cara.

INDIANO: Hanme dicho que en la corte
hay ocasiones que gastan
inútilmente la hacienda,
y yo querría guardarla; 910

que cuesta mucho adquirirla.

MARÍA: La familia es excusada
donde hay tanta confusión,
pues no se repara en nada.

YO SOLA BASTO A SERVIROS:
no habrá cosa que no haga, 915

de cuantas haciendas tiene
el gobierno de una casa.

INDIANO: Pues partamos en comiendo,

y fiad de mí la paga.

MARÍA: (¡Ay fortuna! ¿Dónde llevas
una mujer desdichada?

Pero no fueras fortuna
a saber en lo que paras.)

920

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

El CONDE, don JUAN

JUAN: Compiten con sus virtudes
sus gracias y perfecciones. 925

CONDE: ¿Que tantas persecuciones,
visitas, solicitudes,
celos, desvelos, requiebros,
tengan por premio su olvido,
hasta verme convertido, 930
de Amadís, en Beltenebros?

No he visto tales aceros.

JUAN: Conde, no habéis de cansaros;
que el estado de estimaros
ya es principio de quereros. 935

CONDE: A los principios me estoy
a el cabo de tres semanas.
¿Adónde, esperanzas vanas,
con este imposible voy?

JUAN: Todas son penas posibles,
pues que sin celos amáis. 940

CONDE: ¡Ay, ojos, celos me dais,
aunque celos invisibles!
Quéjase de amor doña Ana,
y a mí no me tiene amor: 945
esto es celos en rigor.

JUAN: ¿Por qué, si es sospecha vana?
CONDE: Es celos lo que imagino;
que no es celos lo que sé:
cosa que pienso que fue, 950
y que en mi daño adivino.

Sale MARTÍN

MARTÍN: Por poco tuviera calma
la nave de tu deseo.
Entro, y a doña Ana veo,
Venus de marfil con alma. 955
¿Cómo te podré pintar
de la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí

un ramo blanco de azahar
 de las huertas de Valencia 960
 o jardines de Sevilla.
 Comience una zapatilla
 de la Vera de Plasencia,
 porque entremos por la basa
 a esta columna de nieve, 965
 argentado azul, pie breve,
 que de tres puntos no pasa.
 CONDE: ¿Tres puntos? Necio, repara...
 MARTÍN: Pues lo digo, yo lo sé:
 puntos son que de aquel pie 970
 los tomara por la cara.
 JUAN: ¿Cómo lo viste?
 MARTÍN: Un manteo
 esta licencia me dio,
 donde cuanto supo obró
 la riqueza y el aseo. 975
 Pero pidió los chapines
 porque mirarla me vio,
 y entre las cintas metió
 cinco pares de jazmines.
 JUAN: De escarpines presumí, 980
 según anda el algodón.
 MARTÍN: Ésos paragambas son;
 que a cierta dama que vi
 con cañafístolas tales,
 que se pudiera, aunque bellas, 985
 purgar su galán con ellas
 por drogas medicinales,
 pregunté si era importante
 traer damas delicadas
 las pantorrillas preñadas. 990
 Y con risueño semblante
 me dijo: "No es gentileza;
 pero cosa no ha de haber
 en una honrada mujer
 que se note por flaqueza." 995
 CONDE: ¡Linda disculpa!
 JUAN: Extremada.
 MARTÍN: La ropa de levantar,
 con tanto fino alamar,
 era una colcha bordada.

Finalmente, no quería 1000
 salir, por no verte así;
 pero como yo la vi
 que para ti se vestía,
 por no estar siempre en el traje
 de trágico embajador, 1005
 porfié, y saldrá, señor,
 si la haces pleito homenaje
 de sola conversación,
 como quedó concertado.
 CONDE: ¡Qué ejercicio tan cansado 1010
 para mi loca afición!
 JUAN: Música y versos quedaron
 para esta noche de acuerdo.
 CONDE: En tenerme por tan cuerdo
 muchos locos la engañaron. 1015

Salen doña ANA, en hábito galán, JUANA y MÚSICOS

ANA: No dirá vueseñoría
 que no le fían el talle.
 CONDE: Quien tan bien puede fíalle,
 agravio a los dos haría:
 a vos por seguridad, 1020
 y a mí por justo deseo.
 ¡Gracias a Amor, que en vos veo
 señas de más amistad!
 ANA: Siéntese vueseñoría;
 que no le quiero galán 1025
 esta noche, que nos dan
 la música y la poesía
 los sugetos que han de hacer
 un rato conversación.
 CONDE: Dice mi imaginación 1030
 que no quiere más de ver.
 ANA: Señor don Juan, ¿no os sentáis?

Al CONDE

¡Qué esquivo primo tenéis!
 JUAN: La culpa que me ponéis
 para disculpa me dais; 1035
 pero quiero obedeceros.

CONDE: Canten, y hablemos yo y vos.

ANA: Y los tres, porque los dos
no parezcamos groseros.

MÚSICOS: *¿De qué sirve, ojos serenos, que no me miréis
jamás? De que yo padezca más, y no de que os quiera menos.* 1040

ANA: No me agrada que a los ojos
llamen serenos.

CONDE: ¿Por qué,
si el cielo, cuando se ve
libre de azules enojos,
se llama así? 1045

ANA: En una dama
no apruebo vuestro argumento,
si es el alma el movimiento
que a cuantos los miran llama
y si al cielo en su azul velo
la serenidad cuadró, 1050
a el sol y a la luna no,
que son los ojos del cielo;
porque éstos siempre se mueven.

CONDE: Perdonad a la canción
no ser de vuestra opinión: 1055
tanto los versos se atreven.

JUAN: Díganse a varios sugetos,
como quedó concertado.

ANA: Comience el Conde.

CONDE: He buscado
en vuestro loor seis concetos. 1060
Oíd.

ANA: No, por vida mía;
escritos me los daréis.

CONDE: No sea, pues no queréis.

ANA: Emplead vuestra poesía
adonde más partes haya. 1065

CONDE: Pues oíd, si sois servida,
un soneto a la venida
del inglés a Cádiz.

ANA: Vaya.

CONDE: Atreviése el inglés, de engaño armado
porque al león de España vio en el nido, 1070
las uñas en el ámbar, y vestido,
en vez de pieles, del tusón dorado.

Con débil caña, no con fresno herrado,
vio a Marte en forma de español Cupido
volar y herir en jinete, herido 1075
del acicate en púrpura bañado.
Armó cien naves y emprendió la falda
de España asir por las arenas solas
del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda;
mas viendo en las columnas españolas 1080
la sombra del león, volvió la espalda
sembrando las banderas por las olas.

JUAN: ¡Levantó la pluma el vuelo!
ANA: ¡Gran soneto a toda ley!
JUAN: ¡Qué bien pinta a nuestro rey! 1085
ANA: Mejor le ha pintado el cielo.
MARTÍN: ¡Gran soneto!

CONDE: No le he dado,
porque no estoy dél contento.
--Decid vos.

ANA: ¡Qué atrevimiento!
¿Donde vos habéis hablado? 1090
JUAN: Excusad tales excusas.
ANA: ¿Mas que os ha de causar risa?
CONDE: Hablad, divina poetisa.
MARTÍN: Silencio, que hablan las musas.

ANA: Amaba Filis a quien no la amaba, 1095
y a quien la amaba ingrata aborrecía;
hablaba a quien jamás le respondía,
sin responder jamás a quien la hablaba.
Seguía a quien huyendo la dejaba,
dejaba a quien amando la seguía; 1100
por quien la despreciaba se perdía,
y a el perdido por ella despreciaba.
Concierta, Amor, si ya posible fuere,
desigualdad que tu poder infama:
muera quien vive, y vivirá quien muere. 1105
Da hielo a hielo, Amor, y llama a llama,
porque pueda querer a quien la quiere
o pueda aborrecer a quien desama.

CONDE: Vos os podéis alabar;
que nadie puede, señora. 1110
ANA: Hablará don Juan agora.

JUAN: Dejádmele imaginar.

Una moza de cántaro y del río,
más limpia que la plata que en él lleva,
recién herrada de chinela nueva, 1115
honor del devantal, reina del brío;
con manos de marfil, con señorío,
que no hay tan gran señor que se le atreva,
pues donde lava, dice Amor que nieva,
es alma ilustre al pensamiento mío. 1120
Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro, en despojos
rendí la vida a el brazo trasparente;
y, envidiosos del agua mis enojos,
dije: "¿Por qué la coges de la fuente, 1125
si la tienes más cerca de mis ojos?"

ANA: ¡Malos versos!

JUAN: No sé más.

ANA: Un caballero discreto
¿escribe a tan vil sugeto?
No lo creyera jamás. 1130

CONDE: Tiene doña Ana razón.

JUAN: Si hubiérades visto el brío
del nuevo sugeto mío,
la hermosura y discreción,
dijérades que tenía 1135
tanta razón de querer,
que no supe encarecer
lo menos que merecía.

ANA: Si es disfrazar vuestra dama,
como suelen los poetas, 1140
por tratar cosas secretas
sin ofensa de su fama,
está bien; pero si no,
bajo pensamiento ha sido.

JUAN: Ninguna cosa he fingido, 1145
ni tengo la culpa yo;
porque no lejos de aquí
vive la hermosa Isabel,
por quien el amor crüel
hace estos lances en mí. 1150

Sirve a un indiano, que viene
a la corte a pretender.

No sé qué puede querer
quien tanta riqueza tiene.
ANA: ¿A tal sugeto, tal fe? 1155
JUAN: La que me ha muerto y rendido
moza de cántaro ha sido,
moza de cántaro fue.
En él este amor bebí,
todo me abrasó con él; 1160
ella fue sirena, y él
el mar en que me perdí.
Con él veneno me ha dado,
con él me mató.
ANA: Si fuera
Martín quien eso dijera, 1165
estuviera disculpado;
pero ¡un caballero, un hombre
como vos!...

JUAN: No es elección
amor; diferentes son
los efetos de su nombre. 1170
Es desde el cabello al pie
tan bizarra y aliñosa
que no es tan limpia la rosa,
por más que al alba lo esté.
Tiene un grave señorío 1175
en medio desta humildad,
que aumenta su honestidad
y no deshace su brío.
Finalmente, yo no vi
dama que merezca amor 1180
con más fe, con más rigor.
ANA: Advertid que estoy yo aquí,
y toca en descortesía
tan necio encarecimiento.
JUAN: Yo he dicho mi pensamiento 1185
sin pensar que os ofendía.
CONDE: No os levantéis. ¿Dónde vais?
ANA: Corrida me voy.
JUAN: ¿Por qué?
Sin ofensa vuestra hablé.
ANA: Si cosas bajas amáis, 1190
no las igualéis conmigo.

Vanse doña ANA y JUANA

CONDE: ¡Por Dios, que tiene razón!

MARTÍN: Cesó la conversación.

JUAN: ¿Porque lo que siento digo?

CONDE: Decir que no visteis dama
como ella, ¿no ha sido error?

1195

JUAN: ¿Error?

Sale JUANA

JUANA: Conde, mi señor,
entrad: mi señora os llama.

A don JUAN

CONDE: Ella me quiere decir
que no os traiga más conmigo.

1200

JUAN: Si lo tiene por castigo,
no apelo de no venir.

Vanse el CONDE y JUANA. A MARTÍN

Di a el Conde que a verla fui,
esa que a doña Ana enfada.

MARTÍN: ¿Tú quieres lo que te agrada?

1205

JUAN: Sí, Martín, mil veces sí.

MARTÍN: Pues quíerela si la quieres;
que tal vez agrada un prado
más que un jardín cultivado,
y al fin todas son mujeres.

1210

*Vanse. Salen doña MARÍA, en hábito humilde y devantal, y el
INDIANO, siguiéndola*

MARÍA: Advierta vuestra merced
que si esto adelante pasa,
no estoy un hora en su casa.

INDIANO: (Pensamiento, detened **Aparte**
el paso; que hay honra aquí.)

1215

Palabra, Isabel, te doy
que no seré desde hoy
importuno como fui.

Desprecia en fin tu belleza
y ese donaire apacible; 1220
que ya sé que es imposible
mudar la naturaleza.

Vase

MARÍA: Tiempos de mudanzas llenos
y de firmezas jamás,
que ya de menos a más, 1225
y ya vais de más a menos.
¿Cómo en tan breve distancia,
para tanto desconsuelo,
habéis humillado a el suelo
mi soberbia y arrogancia? 1230
El desprecio que tenía
de cuantas cosas miraba,
las galas que desechaba,
los papeles que rompía,
el no haber de quien pensase 1235
que mi mano mereciese,
por servicios que me hiciese,
por años que me obligase:
toda aquella bizarría,
que como sueño pasó, 1240
a tanta humildad llegó,
que por mí decir podría:

*Aprended, flores, de mí lo que va de ayer a hoy; que ayer maravilla
fui, y hoy sombra mía aun no soy.*

Flores, que a la blanca aurora
con tal belleza salís
que soberbias competís 1245
con el mismo sol que os dora,
toda la vida es un hora.
Como vosotras me vi,
tan arrogante salí;
sucedió la noche al día; 1250
mirad la desdicha mía,

aprended, flores, de mí.

Maravilla ser solía

de toda la Andalucía,
o maravilla o María;
ya no soy la que era ayer. 1255
Flores, no os deis a entender
que no seréis lo que soy,
pues hoy en estado estoy
que, si en ayer me contemplo,
conoceréis por mi ejemplo 1260

lo que va de ayer a hoy.

No desvanezca al clavel
la púrpura, ni a el dorado
la corona, ni al morado
lirio el hilo de oro en él;
no te precies de crüel, 1265
manutisa carmesí,
ni por el color turquí,
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando, flores,

que ayer maravilla fui.

De esta loca bizzaría 1270
quedaréis desengañadas
cuando con manos heladas
os cierre la noche fría.
Maravilla ser solía,
pero ya lástima doy; 1275
que de extremo a extremo voy,
y desde ser a no ser,
pues sol me llamaba ayer

y hoy sombra mía aun no soy.

Sale don JUAN

JUAN: Dicha he tenido, por Dios.
--Isabel, ¿adónde bueno? 1280
MARÍA: ¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallase un requiebro.
¿Pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?
JUAN: Bien conozco que no ignoras 1285

tanto: que a veces sospecho
que finges lo que no entiendes.
MARÍA: Lo que no quiero no entiendo.
Pero, a la fe, que me admira
que un caballero tan cuerdo 1290
y tan galán como vos
humille sus pensamientos
a una mujer como yo.
¿Sois pobre?

JUAN: Pues ¿a qué efeto
me preguntas si soy pobre? 1295

MARÍA: Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requerbrar lo que, a la cuenta
del entendimiento vuestro, 1300
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas ya sin virillas 1305
(que solía en otro tiempo
en los pies de las mujeres
la plata barrer el suelo),
castañetas, cintas, tocas;
que para últimos empleos 1310
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.
Más pienso que os costarían 1315
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.

JUAN: No juzgaras mis deseos
por el camino que dices,
si te dijera el espejo 1320
el despejo de tu talle.

MARÍA: ¿Espejo y despejo? ¡Bueno!
Ya con cuidado me habláis,
porque en efeto os parezco
mujer que os puedo entender. 1325
Pues yo os prometo que puedo,
pero el estar enseñada

a oír vocablos groseros
de un indiano miserable:
"Ve por esto; vuelve presto. 1330
Esto guisa, aquello deja.
¿Limpiaste aquel ferreruelo?
Ve por nieve, trae carbón,
esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama a ese esclavo, 1335
éste lava, y dame un lienzo,
¿cómo gastas tanta azúcar?
Para madrugar me acuesto,
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo" 1340
y otras cosas de este porte
me han quitado el sentimiento
de otras razones más grandes,
no porque no las entiendo.
En efeto ¿qué queréis? 1345
JUAN: Que me quieras en efeto.
MARÍA: ¡Bien aforrada razón,
y bien dicha para presto!
Bien digo yo que pensáis
que a mi corto entendimiento 1350
importan resoluciones,
atajos y no rodeos.
Pues levantad el lenguaje;
que, como dicen los negros,
el ánima tengo blanca, 1355
aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.
JUAN: Yo, Isabel, así lo creo,
porque, pensando en tu oficio,
tal vez el respeto pierdo; 1360
pero en mirando a tu cara
vuelvo a tenerte respeto.
Mas no te debe enojar
que te diga mi deseo;
que sólo son por el fin 1365
todos los actos perfectos.
¿Qué dirás deste lenguaje?
MARÍA: Que, aunque es el término honesto,
no me agrada la intención
de la suerte que la entiendo. 1370

Conmigo (a lo que imagino)
 tomáis la espada a lo diestro.
 Tiré, desvíasteis, huí;
 y, acometiéndome al pecho,
 herida de conclusión 1375
 formó vuestro pensamiento.
 Pues no, mi señor, por vida
 de los dos, porque no quiero
 que, asiendo la guarnición,
 engañéis mi honesto celo. 1380
 Esténse quedas las manos,
 y aun los pensamientos quedos;
 que no seremos amigos
 en no siendo el trato honesto.
 JUAN: Como das, Isabel mía, 1385
 (¿mía dije? ¡ay Dios! que miento)
 en pensar que por ser pobre
 te busco, te sigo y ruego,
 dilatas a mis verdades
 el justo agradecimiento. 1390
 Pues yo te juro, Isabel,
 que por quererte, desprecio
 la más hermosa mujer,
 donaire y entendimiento
 que tiene aqueste lugar; 1395
 porque más estimo y precio
 un listón de tus chinelas
 que las perlas de su cuello.
 Más precio en tus blancas manos
 ver aquel cántaro puesto, 1400
 a la fuente del Olvido
 pedirle cristal deshecho;
 y ver que a tu dulce risa
 desciende el agua riyendo,
 envidiosa la que cae 1405
 de fuera a la que entra dentro;
 y ver cómo se da prisa
 el agua a henchirle de presto,
 por ir contigo a tu casa,
 en tus brazos o en tus pechos, 1410
 que ver cómo cierta dama
 baja en su coche soberbio,
 asiendo verdes cortinas

por dar diamantes los dedos,
 o asoma por el estribo 1415
 los rizos de los cabellos
 en las uñas de un descanso,
 que a tantos sirvió de anzuelo.
 Yo me contento que digas,
 dulce Isabel: "Yo te quiero"; 1420
 que también quiero yo el alma;
 no todo el amor es cuerpo.
 ¿Qué respondes, ojos míos?
 MARÍA: A *ojos míos* yo no puedo
 responder ninguna cosa, 1425
 porque decís que son vuestros.
 A lo de la voluntad,
 pienso que licencia tengo;
 Y así, pues alma queréis,
 digo (porque os vais con esto) 1430
 que el primer hombre sois vos
 a quien amor agradezco.
 JUAN: ¿No más, Isabel?
 MARÍA: ¿Es poco?
 Pues vaya por contrapeso
 que no me desagradáis. 1435
 JUAN: ¿No más, Isabel?
 MARÍA: ¿Qué es esto?
 Conténtese, o quitaréle
 lo que le he dado primero.
 JUAN: ¿Podré tomarte una mano?
 Aunque por Dios que la temo 1440
 después que la vi tan diestra
 esgrimir el blanco acero.
 MARÍA: Pues vos no me conocéis:
 por Dios, que algún hombre he muerto
 aquí donde me miráis. 1445
 JUAN: Con los ojos, yo lo creo.
 MARÍA: Idos; que viene mi amo.
 JUAN: ¿Dónde esta tarde te espero?
 MARÍA: En la fuente, a lo lacayo.
 JUAN: Logre tu donaire el cielo. 1450

Vase. Sale Leonor

LEONOR: Isabel...

MARÍA: Leonor amiga...

LEONOR: ¿Con éste hablabas?

MARÍA: ¿Pues bien?

LEONOR: ¿Qué se hizo tu desdén?

MARÍA: Un amor honesto obliga.
Y te aseguro de mí 1455
que es mucho tenelle amor.

LEONOR: Su talle, ingenio y valor
habrán hecho riza en ti.
Que lo merece confieso;
pero en la desigualdad 1460
no puede haber amistad.

MARÍA: Los elementos por eso
no tienen paz y sosiego:
el agua a la tierra oprime,
el aire a el agua, y reprime 1465
la fuerza del aire el fuego.

Mas como él me quiere a mí
no más de para querer,
¿qué pierdo en corresponder?

LEONOR: Mucho. 1470

MARÍA: ¿Cómo?

LEONOR: Mucho.

MARÍA: Di.

LEONOR: Adora mi ama en él.

MARÍA: ¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR: Yo y Juana
lo vemos, y a ella con gana
de casamiento, Isabel.
Por eso, si no envidaste, 1475
descarta y quédate en dos.

MARÍA: ¿Sábeslo bien?

LEONOR: Sí, por Dios.

MARÍA: Tarde, Leonor, me avisaste;
no porque pueda alabarse
del más mínimo favor, 1480
sino por tenerle amor,
que no es fácil de olvidarse.

Necia fui en imaginar
que un don Juan tan entonado
para mí estaba guardado. 1485

LEONOR: Un hombre te quiero dar
compañero de otro mío,

bravo, pero no crüel,
que puede ser, Isabel,
de cuantas profesan brío. 1490
No pone codo en la puente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
más alentado valiente.
Ama en tu misma región. 1495
¿Quién te mete con don Juanes?
MARÍA: Tu ama ¿trata en galanes?
LEONOR: De honesta conversación
de un conde que la visita,
le nacieron los antojos. 1500
MARÍA: ¡Quién la ve tan baja de ojos
a la señora viudita!
LEONOR: Hermana, enviudó ha dos meses;
viénele grande la cama.
MARÍA: Y en fin ¿le quiere tu ama? 1505
LEONOR: Como si juntos los vieses.
MARÍA: Ve por el cántaro, y vamos
al Prado.
LEONOR: A Pedro verás;
que se quedan siempre atrás
él y Martín de sus amos. 1510

Vase

MARÍA: A mis graves desconsuelos
sólo faltaba este amor,
a este amor este rigor,
a este rigor estos celos.
¿No me bastaba tener, 1515
para no ser conocida,
este género de vida,
sino a quien quieren querer?
Pero andar en competencia
moza de cántaro, en fin, 1520
cristalino serafín,
con vos será impertinencia.
Mejor es ser lo que soy,
pues que no soy lo que fui:

Aprended, flores, de mí lo que va de ayer a hoy.

Vase. Salen MARTÍN y PEDRO

PEDRO: ¿Y que tiene tan buen talle?

MARTÍN: Esto me dijo Leonor, 1525
y que es la moza mejor
que tiene toda la calle.

Es una perla, un asombro;
rinden parias a su brío
cuantas llevan ropa a el río
y llevan cántaro en hombro. 1530

Es mujer que este don Juan,
primo del Conde mi dueño,
pierde por hablarla el sueño;
desmayos de amor le dan.

De la suerte la pasea
que a la dama de más partes;
pero en estos Durandartes 1535
poco el pensamiento emplea.

De noche la viene a ver,
y anda el pobre caballero,
de su cántaro escudero,
sin dormir y sin comer.

Sirve a un caballero indiano
tan cuitado, que consiente 1540
que vaya y venga a la fuente;
puesto que le culpo en vano,

porque pienso que ella gusta
de salir, por ver y hablar
(que a mozas deste lugar
mucho el no salir disgusta), 1545

a jabonar y a lavar
a los pilares, a el río.

PEDRO: En fin, es moza de brío,
y que puede descuidar

de camisas y valonas
a un hombre de mi talante. 1550

MARTÍN: Lleva, en saliendo, delante
más pretendientes personas
que un oidor o presidente.

PEDRO: Si yo la moza poseo,
luego habrá despolvoreo
de todo amor pretendiente:

a ellos de cuchilladas
y a ella de muchas coces. 1555
Ya mi cólera conoces.
MARTÍN: No la has visto ¿y ya te enfadas?
PEDRO: Gente de un coche se apea.
MARTÍN: Con ellos viene don Juan.
PEDRO: ¡Por vida del alazán,
que no es la viudilla fea! 1560

Salen doña ANA, JUANA, don JUAN

JUAN: Por el coche os conocí,
y luego al Conde avisé,
que en la carroza dejé
harto envidioso de mí.
Vine a ver lo que mandáis;
que apearos no habrá sido
sin causa. 1565

ANA: Causa he tenido;
que siempre vos me la dais.
Quiero venir a la fuente,
porque sé que es el lugar
adonde os tengo de hallar,
y donde sois pretendiente.

JUAN: ¡Buen oficio me habéis dado!
O de bestia o de aguador. 1570
ANA: Conociendo vuestro humor,
señor don Juan, he pensado
venir por agua también.

--Muestra ese búcaro, Juana.
JUAN: Dado habéis esta mañana
filos, señora, al desdén. 1575

ANA: Deseando enamoraros,
moza de cántaro soy,
por agua a la fuente voy.
JUAN: Teneos...

ANA: Quiero agradaros.
JUAN: Es el cántaro pequeño;
templará poco el rigor
a los enfermos de amor. 1580

Salen doña MARÍA y LEONOR, con sus cántaros. A LEONOR

MARÍA: Esto me dijo mi dueño;
que en el patio de palacio,
archivo de novedades,
ya mentiras, ya verdades,
como pasean de espacio,
lo contaba mucha gente.

LEONOR: Y ¿que esa mujer mató
a el que a su padre afrentó?
¡Bravo corazón!

MARÍA: Valiente.
Dijo que había pedido
la parte pesquisidor,
y que a el Rey nuestro señor
(cuya vida al cielo pido)
consultaron este caso,
y que no quiso que fuese
quien pesadumbre le diese.

LEONOR: No fue la piedad acaso,
si el padre estaba inocente.
¿Y nunca más pareció
esa dama que mató
a el caballero insolente?

MARÍA: De eso no me dijo nada.
Yo estoy contenta de ver
(que en efeto soy mujer)
que la hubiese tan honrada.

LEONOR: ¿Dijo el nombre que tenía?
Que me alegra a mí también.

MARÍA: No sé si me acuerdo bien...

AUNQUE SÍ: doña María.

MARTÍN: Aquí están dos escuderos
para las dos.

LEONOR: Isabel,
este mozazo es aquel
que te dije.

MARÍA: ¡Oh, caballeros!...

A PEDRO

MARTÍN: (Llega, no estés vergonzoso;
llega y habla.)

PEDRO: (Estoy mirando
a Isabel, y contemplando

su talla y su rostro hermoso.)

Téngame vuesamerced
por suyo desde esta tarde.

MARÍA: (¡Qué buen hombrón!) **Aparte**

Dios le guarde.

PEDRO: (Cayó la daifa en la red. **Aparte**

1610

Ya está perdida por mí.)

MARÍA: (Con pocos de éstos pudiera **Aparte**

conducir una galera

a la China, desde aquí,

don Fadrique de Toledo.)

PEDRO: Pido mano, doy turrón.

MARÍA: ¿Mas que lleva un mojicón,

1615

hombrón, si no se está quedo?

PEDRO: ¡Por el agua de la mar,
que tiene valor la hembra!

MARÍA: Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO: (Al primer encuentro azar.) **Aparte**

¡Voto a tus ojos serenos,

Isabel, porque te asombres,

1620

que me mate con mil hombres,

y esto será lo de menos!

Ablándate, serafín.

MARÍA: Déjeme, no me zabuque.

PEDRO: Aquí en la esquina del Duque

hay turrón. --Vamos, Martín.

1625

MARTÍN: Vamos, y gasta; que luego
estará como algodón.

PEDRO: Sí, mas ¡coz y mordiscón!...

Parece rocín gallego.

Vanse MARTÍN y PEDRO

ANA: Quedo, no os pongáis delante;
que ya he visto por las señas
que es aquélla vuestra dama.

1630

JUANA: Pues Leonor viene con ella,
¿quién duda que es Isabel?

Fuera de que no tuviera
ninguna aquel talla y brío.

ANA: Disculpa tiene en quererla
el señor don Juan.

1635

JUANA: La moza

en otro traje pudiera
hacer a cualquiera dama
pesadumbre y competencia.

JUAN: ¿Es todo por darme vaya?

1640

ANA: Quisiérala ver más cerca.

Dígale vuesamerced
que está aquí una dama enferma
que se le antoja beber
por la cantarilla nueva;
que no irá de mala gana.

1645

JUAN: Sólo por serviros fuera.

MARÍA: ¡Ay, Leonor!

LEONOR: ¿Qué?

MARÍA: Tu señora

y aquél mi galán con ella.

LEONOR: Parece que te has turbado.

1650

MARÍA: Por poco se me cayera
el cántaro de las manos.

A MARÍA

JUAN: Aquella señora os ruega
que la deis un poco de agua.

MARÍA: De buena gana la diera
a ella el agua, y a vos
con el cántaro.

1655

JUAN: No seas
necia.

MARÍA: Llevádsela vos,
y de vuestra mano beba.

JUAN: Mira que en público estamos,
y las mujeres discretas
no hacen cosas indignas.

1660

MARÍA: Iré porque nadie entienda
que me da celos a mí.

Llégase a doña Ana

--Vuesamerced beba, y crea
que quisiera que este barro
fuera cristal de Venecia;
pero serálo en tocando
esas manos y esas perlas.

1665

ANA: Beberé, porque he caído. 1670

MARÍA: Si el agua el susto sosiega,
beba; que todos caeremos,
si no en el daño, en la cuenta.

ANA: Yo he bebido.

MARÍA: Y yo también.

ANA: (Yo pesares.) **Aparte** 1675

MARÍA: (Yo sospechas.) **Aparte**

ANA: ¡Qué caliente!

MARÍA: Vuestras manos
de nieve servir pudieran.

ANA: Haz que llegue el coche.

A JUANA

JUANA: ¡Ah, Hernando!

ANA: ¡Buena moza!

MARÍA: Buena sea
su vida. 1680

Vanse doña ANA y JUANA

MARÍA: ¿No la acompaña?

¡Mal galán! ¿Así se queda?

JUAN: A darte satisfacciones.

MARÍA: Estoy yo tan satisfecha
que será gastar palabras.

JUAN: Mira, Isabel, que esto es fuerza, 1685
y que bien sabe Leonor
(dejo aparte mi fineza)

que el Conde sirve a doña Ana.

MARÍA: Cántaro, tened paciencia;
vais y venís a la fuente: 1690

quien va y viene siempre a ella

¿de qué se espanta, si el asa

o la frente se le quiebra?

Sois barro, no hay que fiar.

Mas ¿quién, cántaro, os dijera 1695

que no os volviéades plata

en tal boca, en tales perlas?

Pero lo que es barro humilde,

en fin, por barro se queda.

No volváis más a la fuente, 1700

porque estoy segura y cierta
que no es bien que vos hagáis
a los coches competencia.

JUAN: ¿Qué dices? Mira, Isabel,
que sin culpa me condenas.

1705

MARÍA: Yo con mi cántaro hablo;
si es mío ¿de qué se queja?
Váyase vuesamerced,
mire que el coche se aleja.

JUAN: Iréme desesperado,
pues haces cosas como éstas,
sabiendo que Leonor sabe
que no es posible que quiera
eso de que tienes celos.

1710

Vase

LEONOR: Necia estás. ¿Por qué le dejas
que se vaya con disgusto?

1715

MARÍA: Leonor, el alma me lleva;
que los celos me han picado.
Pero no seré yo necia

en querer desigualdades,
aunque me abraze y me muera.
No he de ver más a don Juan.

1720

¡Esto faltaba a mis penas!

LEONOR: ¡Buen lance habemos echado!
Tú desesperada quedas,
y mi ama va perdida.

1725

Salen PEDRO y MARTÍN

PEDRO: Como dos soldados juegan:
perdí el turrón y el dinero.

MARTÍN: Cosas la corte sustenta,
que no sé cómo es posible.

1730

¡Quién ve tantas diferencias
de personas y de oficios,

vendiendo cosas diversas!

Bolos, bolillos, bizcochos,
turrón, castañas, muñecas,

1735

bocados de mermelada,
letüarios y conservas,

mil figurillas de azúcar,
 flores, rosarios, rosetas,
 rosquillas y mazapanes, 1740
 aguardiente, y de canela,
 calendarios, relaciones,
 pronósticos, obras nuevas,
 y a *Don Álvaro de Luna*,
 mantenedor destas fiestas. 1745
 Mas quedo; que están aquí.
 PEDRO: ¡Oigan! ¿De qué es la tristeza?
 ¿No estaba alegre esta moza?
 ¡Qué pensativas están!
 MARTÍN: Pienso que andaba don Juan
 acechando una carroza. 1750
 PEDRO: Quien te me enojó, Isabel,
 que con lágrimas lo pene:
 hágote voto solene
 que pueden doblar por él.
 Vuelve, Isabel, esos ojos;
 que no soy yo por lo menos
 quien a tus ojos serenos 1755
 quitó luz y puso enojos.
 ¿Quién tan bárbar[o] y crüel,
 a tu hermosura atrevido,
 causa de tu enojo ha sido?
 ¿Quién te me enojó, Isabel?
 No es posible que tuviese
 noticia de mi rigor, 1760
 sin que luego de temor
 súbitamente muriese.
 Quien te enojó, ¿vida tiene?
 ¿Que donde estoy vivo esté?
 Dime quién es; que yo haré
 que con lágrimas lo pene. 1765
 Dime cómo y de qué suerte
 que le mate se te antoja,
 porque en sacando la hoja
 soy guadaña de la muerte.
 Si el Cid a su lado viene,
 gigote de hombres haré,
 y de que lo cumpliré 1770
 hágote voto solene.

Si yo me enojo en Madrid
con quien a ti te ha enojado,
haz cuenta que se ha tocado
la tumba en Valladolid.

Porque en diciendo, Isabel,
que he de matalle, está muerto.
No hay que esperar, porque es cierto
que pueden doblar por él.

1775

MARÍA: Ven, Leonor; vamos a casa.
LEONOR: Triste vas.

MARÍA: Perdida estoy.
PEDRO: ¿Así se va?

MARÍA: Así me voy.
PEDRO: Pues cuénteme lo que pasa.

1780

MARÍA: No quiero.
PEDRO: Tendréla.
MARÍA: Tome.
PEDRO: ¡Ay!
MARTÍN: ¿Qué fue?
PEDRO: Tamborilada.

LEONOR: Dístele, Isabel?
MARÍA: No es nada.
Pregúntale si le come.

JORNADA TERCERA

PEDRO, BERNAL, MARTÍN y LORENZO, dentro

PEDRO: ¡Fuera digo! No haya más.
LORENZO: ¡Ay, que me ha descalabrado! 1785
MARTÍN: Con el cántaro le ha dado.
BERNAL: ¡Lavado, Lorenzo, vas!
LORENZO: Esto ¿se puede sufrir?
PEDRO: Llévale a curar, Bernal.
LORENZO: ¡Vive Cristo, que la tal!... 1790

Salen

MARTÍN: No lo acabes de decir.
PEDRO: No queda lacayo en ser
donde esta mujer está.
MARTÍN: Bravas bofetadas da.
PEDRO: Dos mozas azotó ayer. 1795
BERNAL: ¡Ea, ea! Que no es nada.

Salen doña MARÍA y LEONOR

MARÍA: ¡Pícaro! ¿Pellizco a mí?
¡Fuera, digo!
LEONOR: ¿Estás en ti?
LORENZO: ¿A mí, Isabel, cantarada?
¡Voto a el hijo de la mar! 1800
MARÍA: Llegue el lacayo gallina.
PEDRO: Daga trae en la pretina.
MARÍA: Y aun enseñada a matar.
Llegue el barbado, y daréle
dos mohadas a la usanza 1805
de mi tierra, por la panza,
y hará el puñal lo que suele.
LORENZO: ¡Mataréla!
PEDRO: Estoy aquí
a pagar de mi dinero.
LORENZO: Pues con él haberlas quiero, 1810
aunque es mujer para mí.
PEDRO: ¡Miente!
LORENZO: Véngase conmigo.

Vanse los hombres

LEONOR: ¡Buenos van, desafiados!

MARÍA: ¡Qué diferentes cuidados
me da, Leonor, mi enemigo! 1815

LEONOR: ¿No le has visto más?

MARÍA: Ayer.

LEONOR: Alegre quisiera hallarte,
porque te alcanzara parte
de mi contento y placer. 1820

Ya Martín se determina,
y nos queremos casar:

mira que nos has de honrar,
y que has de ser la madrina.

MARÍA: Estoy desacomodada
del indiano; que si no,
yo lo hiciera: aquí me dio
su casa una amiga honrada,
donde de prestado estoy. 1825

LEONOR: Mi señora te dará
vestidos; vamos allá;
que pienso que ha de ser hoy. 1830

MARÍA: Tendré vergüenza de vella.

LEONOR: Anda; que te quiere bien,
y sé que tiene también
gusto de que hables con ella. 1835

MARÍA: Vamos, y de aquí a tu casa
te diré lo que pasó
en el río.

LEONOR: No fui yo;
que mujer que ya se casa
ha de mostrar más recato
del que solía tener. 1840

MARÍA: Es achaque; voy por ver
aquel caballero ingrato.

Fuimos Teresa, Juana y Catalina,
el sábado, Leonor, a Manzanares:
si bien yo melancólica y mohina
de darme este don Juan tantos pesares. 1845

De tu dueño las partes imagina;
que cuando en su valor, Leonor, repares,
presumirás, pues no me he vuelto loca, 1850

que soy muy necia o mi afición es poca.
 Tomé el jabón con tanto desvarío
 para lavar de un bárbaro despojos,
 que hasta los paños me llevaba el río,
 mayor con la creciente de mis ojos. 1855
 Cantaban otras con alegre brío,
 y yo, Leonor, lloraba mis enojos:
 lavaba con lo mismo que lloraba
 y el aire de suspiros lo enjugaba.
 Bajaba el sol al agua trasparente, 1860
 y, el claro rostro en púrpura bañado,
 las nubes ilustraba de occidente
 de aquel vario color tornasolado,
 cuando, despierta ya del accidente,
 saqué la ropa, y de uno y otro lado, 1865
 asiendo los extremos, la torcimos,
 y a entapizar los tendedores fuimos.
 Quedando, pues, por los menudos ganchos
 las camisas y sábanas tendidas,
 salieron cuatro mozas de sus ranchos, 1870
 en tod[a] la ribera conocidas;
 luego, de angostos pies y de hombros anchos,
 bigotes altos, perdonando vidas,
 cuatro mozos: no hablé, que fuera mengua,
 estando triste el alma, hablar la lengua. 1875
 Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
 que con cuadrada forma en poco pino
 despide alegre cuanto humilde acento,
 cubierto de templado pergamino;
 a cuyo son, que retumbaba el viento, 1880
 cantaba de un ingenio peregrino,
 en seguidillas, con destreza extraña,
 pensamientos que envidia Italia a España.
 Bailaron luego hilando castañetas
 Lorenza y Justa y un galán barbero 1885
 que mira a Inés, haciendo más corvetas
 que el Conde ayer en el caballo overo.
 ¡Oh celos! Todos sois venganza y tretas,
 pues porque vi bajar el caballero
 que adora de tu dueño la belleza, 1890
 no le quise alegrar con mi tristeza.
 Entré en el baile con desgaire y brío
 que, admirándole ninfas y mozuelos,

"¡Vitor!" dijeron, celebrando el mío:
y era que Amor bailaba con los celos. 1895
Estando en esto, el contrapuesto río
se mueve a ver dos ángeles, dos cielos,
que a la Casa de Campo (Dios los guarde)
iban a ser auroras por la tarde.
¿No has visto a el agua, al súbito granizo 1900
esparcirse el ganado en campo ameno
o volar escuadrón espantadizo
de las palomas, en oyendo el trueno?
Pues de la misma suerte se deshizo
el cerco bailador, de amantes lleno, 1905
en oyendo que honraban la campaña
Felipe y Isabel, gloria de España.
¿No has visto en un jardín de varias flores
la primavera en cuadros retratada,
que por la variedad de las colores 1910
aun no tienen color determinada,
y en medio ninfas provocando amores?
Pues así se mostraba dilatada
la escuadra hermosa de las damas bellas,
flores las galas y las ninfas ellas. 1915
Yo, que estaba arrobada, les decía
a los reyes de España: "Dios os guarde,
y extienda vuestra heroica monarquía
del clima helado a el que se abrasa y arde";
cuando veo que dice "Isabel mía" 1920
a mi lado don Juan; y tan cobarde
me hallé a los ecos de su voz, que luego
fue hielo el corazón, las venas fuego.
"Traidor" respondo, "tus iguales mira;
que yo soy una pobre labradora". 1925
Y, diciendo y haciendo, envuelta en ira,
sigo la puente, y me arrepiento agora:
verdad es que le siento que suspira
tal vez desde la noche hasta el aurora;
mas recelo, si va a decir verdades, 1930
lo que se sigue a celos y amistades.

Vanse. Salen doña MARÍA y LEONOR

LEONOR: A mi casa hemos llegado:
después, que no puedo agora,

porque viene mi señora,
te diré lo que ha pasado
por los celos en los dos. 1935

Salen doña ANA y JUANA

ANA: ¿Ésta dices?

JUANA: Ésta es.

MARÍA: Dadme, señora, los pies.

ANA: Isabel, guárdela Dios.

¿Qué se ofrece por acá? 1940

MARÍA: Quiéreme hacer su madrina

Leonor, que no me imagina

desacomodada ya.

ANA: ¿No está ya con el indiano?

MARÍA: No, señora. 1945

ANA: Pues ¿por qué?

MARÍA: Cierta atrevimiento fue,

de hombre al fin; pero fue en vano.

ANA: ¿Cómo, cómo, por mi vida?

MARÍA: Pudiera estar satisfecho

de mi honor y de mi pecho: 1950

de mi honor por bien nacida,

de mi pecho porque, habiendo

entrado por los balcones

una noche tres ladrones,

que ya le estaban pidiendo 1955

las llaves, tomé su espada,

y aunque ya se defendieron,

por la ventana salieron,

y esto a pura cuchillada.

Pero obligándole a amor 1960

lo que pudiera a respeto,

me llamó una noche, a efeto

de no respetar mi honor.

Que le descalzase fue

la invención: llegó a su cama, 1965

donde sentado me llama,

y humilde le descalcé.

Pero echándome los brazos,

tan descortés procedió,

que a arrojarle me obligó 1970

donde le hiciera pedazos.

Mas de aquellos desatinos
sus zapatos me vengaron,
cuyas voces despertaron
la mitad de los vecinos. 1975

Y aunque culpando el rigor,
poniéndose de por medio,
celebraron el remedio
para quitarle el amor.
ANA: Notable debes de ser. 1980

Cierto que te tengo amor.
JUANA: Es el servicio mejor
y la más limpia mujer
de cuantas andan aquí.
Ruégale que esté contigo. 1985

ANA: ¿No querrás estar conmigo,
Isabel?

MARÍA: Señora, sí.

ANA: ¿Qué sabes hacer?

MARÍA: Lavar,
masar, cocer y traer
agua. 1990

ANA: ¿No sabrás coser?

MARÍA: Bien sé coser y labrar.

ANA: Pues eso será mejor.

Manto y tocas te daré.

MARÍA: Señora, yo no sabré
servir de dueña de honor. 1995
Éste es un hábito agora
de cierta desdicha mía,
que vos sabréis algún día.

Vase

JUANA: Aquí está don Juan, señora.

Salen don JUAN y MARTÍN

JUAN: Siempre soy embajador. 2000
El Conde os pide licencia,
y dice que de su ausencia
fue causa vuestro rigor;
que tratáis tan mal su amor,
que ya toma por partido, 2005

en la casa divertido,
 solicitar a su daño
 una manera de engaño
 que a los dos parezca olvido:
 a vos excusando el veros, 2010
 y a él, señora, el cansaros.
 Pero no quiere engañaros
 ni olvidarse de quereros:
 visitaros y ofenderos
 es fuerza para serviros. 2015

ESTO ME MANDA DECIROS:

mirad si le dais licencia;
 que le cuesta vuestra ausencia
 cuantos instantes, suspiros.
 ANA: Vos venís en ocasión
 que os he hecho un gran servicio; 2020
 a lo menos es indicio
 de ésta mi loca pasión.
 Mirad en qué obligación
 os pone el haber traído
 a mi casa quien ha sido 2025
 lo que tanto habéis amado;
 que os quiero ver obligado,
 pues no puedo agradecido.
 Volved los ojos, veréis
 a Isabel, que viene aquí, 2030
 no para servirme a mí,
 sino a que vos la mandéis;
 que no quiero que os canséis
 en buscarla en fuente o prado.
 Mirad si estáis obligado 2035
 y cómo he sabido hacer
 que vos me vengáis a ver,
 no como hasta aquí, forzado.
 JUAN: De vuestra queja os prometo
 que es el Conde, mi señor, 2040
 la causa, cuyo valor
 únicamente respeto;
 porque ¿cuál hombre discreto
 no conociera y amara
 de vuestra belleza rara 2045
 la divina perfección,
 y el discurso a la razón,

y a vos el alma negara?
Con esto la puse en quien
la misma desigualdad 2050
disculpe la voluntad,
para no quereros bien.
Mas no me pidáis que os den
gracias de haberla traído
mis ojos; que antes ha sido 2055
para no poderla ver,
pues testigo habéis de ser,
y yo menos atrevido.

Sale el CONDE

CONDE: Tanto la licencia tarda
que sin ella vengo a veros. 2060
ANA: Conde, mi señor, disculpa
de ausencia de tanto tiempo.
--Llega una silla, Isabel.
JUAN: Aquí me estaban riñendo
tu ausencia. 2065

CONDE: ¡Buena criada!
Y nueva; que no me acuerdo
haberla visto otra vez.
ANA: ¡Buena cara, gentil cuerpo!
¿No es muy linda?

CONDE: ¡Sí, por Dios!
ANA: De que os agrade me huelgo; 2070
que es la dama de don Juan.
CONDE: Si es así el entendimiento,
disculpa tiene mi primo.
Verla más de espacio quiero.
--Pasad, señora, adelante. 2075
¿De dónde sois?

MARÍA: No sé cierto;
porque ha mucho que no soy.
CONDE: Partes en la moza veo,
que en otro traje pudieran, 2080
con el donaire y aseo,
dar, fuera de vuestros ojos,
a muchos envidia y celos.
Mi primo es tan singular
que por bizarría ha puesto

las preferencias del gusto 2085
en tan bajos fundamentos.
MARTÍN: A mí responder me toca.
Perdóneme si me atrevo,
por el honor del fregado,
la opinión del lavadero, 2090
del cántaro y el jabón;
que más de cuatro manteos,
de ésos con esteras de oro,
cubren algunos defetos.
ANA: Cásase Martín agora 2095
con mi Leonor, y por eso
siente que vueseñoría
haga de don Juan desprecio.
JUAN: ¡Dar en el pobre don Juan!
CONDE: Huélgome del casamiento. 2100
Y ¿seréis vos la madrina?
Porque ser padrino quiero.
ANA: No, señor, que es Isabel;
que pienso que ha mucho tiempo
que ella y Leonor son amigas. 2105
CONDE: Pues tócale de derecho
ser padrino a don Juan.
JUAN: Basta; que estáis de concierto
todos contra mí. Pues vaya;
que el ser el padrino aceto. 2110
CONDE: ¿Cómo calla la madrina?
MARÍA: Señor, corto entendimiento
presto se ataja, y más donde
hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar un día 2115
un muchacho en un jumento
llevaba una labradora,
y, perdonad, que iba en pelo.
"Hazte allá, que le maltratas",
iba la madre diciendo; 2120
y tanto hacia atrás se hizo,
que dio el muchacho en el suelo.
DÍJOLE: "¿Cómo caíste?"
y disculpóse diciendo:
"Madre, acabóseme el asno."
Así yo, que hablando veo 2125
a tan discretos señores,

hago atrás mi entendimiento,
hasta que he venido a dar
con el silencio en el suelo.

MARTÍN: (Tomen lo que se han ganado.) **Aparte** 2130

MARÍA: Es el Conde muy discreto,
y la señora doña Ana
un ángel; pues yo ¿qué puedo
decir que no sea ignorancia?

ANA: Ahora bien, señor, hablemos 2135
de la ausencia destes días.
Ya me olvidáis, ya me quejo
de vos al pasado amor.

CONDE: Negocios son, os prometo,
que me han tenido ocupado 2140
por un notable suceso.

Mató en Ronda cierta dama
Guzmán y Portocarrero,
cuyo padre con el duque
de Medina tiene deudo, 2145
un caballero su amante.

ANA: ¿Con qué ocasión? ¿Fueron celos?

CONDE: Desagraviando a su padre
de un bofetón, porque el viejo
no estaba para las armas. 2150

ANA: ¡Gran valor!

JUAN: ¡Valiente esfuerzo!

Diera por ver a esa dama
toda cuanta hacienda tengo.

MARÍA: (Turbada estoy, encubrir **Aparte**
puedo apenas lo que siento.) 2155

CONDE: Al fin, perdonó la parte,
poniéndose de por medio,
entre deudos de unos y otros,
muchos nobles caballeros.

Con esto me ha escrito el Duque, 2160
por el mismo parentesco,
alcance el perdón del Rey;
lo que hoy, señora, se ha hecho.

Mándame también buscalla,
si entre tantos extranjeros 2165
alguna nueva se hallase,
siendo esta corte su centro.

Mirad si estoy disculpado;

y porque me voy con esto,
vendr , señora, a la noche, 2170
si me dais licencia, a veros.

ANA: Id con Dios; volv  a la noche.

CONDE: S  har , encanto de Babel.

A don JUAN

Quedaos con vuestro Isabel;
que yo me voy en el coche. 2175

Vanse el CONDE, doña ANA y los criados

JUAN: Alegre, Isabel, est s,
que ya el cántaro dejaste,
pues con la fe la mudaste,
y con el alma, que es más.
Que desde que te la di, 2180
de cántaro la tenía,
pues pienso que se decía
este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar,
cuando yo lo deseaba, 2185
al hábito que te daba
el que ya quieres dejar.
Si cuando yo te rogu ,
hábito honrado tomaras,
la voluntad disculpabas, 2190
que baja en tus prendas fue.
Si el venir aquí son celos,
pensando que así me guardas,
son, Isabel, sombras pardas
en ofensa de tus cielos. 2195
 Qu  guarda de más valor,
Isabel, que tu hermosura,
si ella misma te asegura
que merece tanto amor?
 Vive Dios, que te he querido 2200
y te quiero y te querr 
con tanta firmeza y fe,
que vive mi amor corrido
de no vencer tu rigor,

siendo tú tan desigual! 2205

MARÍA: Quien siente bien no habla mal;
que para tener valor
con que poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
príncipes haya tenido 2210
Italia y Francia tan raros,
sóbrame a mí el ser mujer;
pero si de vuestro engaño
a los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser. 2215

No estoy contenta de estar
donde, con hacer mudanza
del hábito, mi esperanza
aspire a mejor lugar.

Ni menos estoy celosa 2220
ni os guardo, aunque os he querido;
que en este humilde vestido
hay un alma generosa,
tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dejé 2225
un cielo en mis hombros fue,
como el que sustenta Atlante.

Yo os quiero bien, aunque soy
de naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva, 2230
por quien os dejo y me voy.

No os dé pena; que os prometo
que no hay nieve tan helada;
pero he nacido obligada
a su amor y a su respeto. 2235

No puedo hacer más por vos
que decir que os he querido:
en fe de lo cual os pido,
y del amor de los dos,
que una cosa hagáis por mí. 2240

JUAN: ¿Cómo ausentarte, mi bien?
Después de tanto desdén,
¿esto merezco de ti?

MARÍA: No excuso, aunque lo sintáis,
este camino. 2245

JUAN: Isabel,
¿qué dices?

MARÍA: Que para él
estoy joya me vendáis.

DIAMANTES SON: claro está
que justa sospecha diera
si a vender diamantes fuera
mujer que a la fuente va; 2250
que con lo que ella valiere,
podré a mi casa llegar.

JUAN: Cuando pensaba esperar,
quiere amor que desespere.
¡Notable desdicha mía! 2255

¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
con la fortuna que yo?
Mas ¿quién, sino yo, podía?
Tened la joya y la mano,
que entrambas diamantes son, 2260
si es la mina un corazón
tan firme como tirano;
que cuando forzosa sea
vuestra partida, no soy
hombre tan vil... 2265

MARÍA: Si no os doy
la joya, don Juan, no crea
vuestro pecho liberal
obligarme con dinero;
que, pues de vos no lo quiero,
bien creeréis que me está mal. 2270
¡Oh, qué habréis imaginado
de cosas, después que visteis
la joya! Aunque no tuvisteis
culpa de haberlas pensado,
pues yo os he dado ocasión. 2275

JUAN: Cuando yo, Isabel, pensara
tal bajeza, imaginara
prendas que más altas son
de las que tenéis, bastantes
a abonaros; cuando fuera 2280
hurto, mayor le creyera,
si fueran almas, diamantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel, y en duda igual,
que sois mujer principal 2285
tengo por mayor acierto.

Que desde el punto que os vi
 con el cántaro, Isabel,
 echó amor suertes en él
 para vos y para mí. 2290
 Vos salisteis diferente
 de lo que aquí publicáis,
 y yo sin dicha si os vais,
 para que yo muera ausente.
 ¿Quién sois, hermosa Isabel? 2295
 Porque cántaro y diamantes
 son dos cosas muy distantes;
 que hay mucha bajeza en él,
 y en vos mucho entendimiento,
 mucha hermosura y valor, 2300
 mucho respeto al honor,
 que es más encarecimiento.
 La verdad se encubre en vano;
 que como al que ayer traía
 guantes de ámbar, otro día, 2305
 le quedó oliendo la mano;
 así, quien señora fue
 trae aquel olor consigo,
 aunque del ámbar que digo,
 reliquias muestre por fe. 2310
 MARÍA: No os canséis en prevenciones;
 que yo no os he de engañar.

Sale LEONOR

LEONOR: ¿Cuándo piensas acabar,
 Isabel, tantas razones?
 Vente a vestir y a vestirme; 2315
 que mi señora te llama.
 MARÍA: Voy a ponerme de dama.
 JUAN: ¿Volverás?
 MARÍA: A despedirme.

Vanse [las] dos

JUAN: ¿Qué confusión es ésta que levanta
 Amor en mis sentidos nuevamente, 2320
 que a tales pensamientos adelanta
 mi dulce cuanto bárbaro accidente?

Así el cautivo en la cadena canta,
 así engañado se entretiene, ausente,
 de vanas esperanzas, que algún día
 verá la patria en que vivir solía. 2325
 No con menos temor, menos sosiego,
 tímido ruiñeñor su esposa llama,
 a quien el plomo en círculos de fuego
 quitó la amada vida en verde rama, 2330
 que mi confuso pensamiento ciego
 en noche oscura los engaños ama,
 esperando que llegue con el día
 la muerta luz de la esperanza mía.
 Mas ¿cómo puede haber tales engaños? 2335
 ¿Cómo pensar mi amor que la belleza
 no puede haber nacido en viles paños,
 si pudo la fealdad en la nobleza?
 Así, para mayores desengaños,
 mostró por variedad naturaleza 2340
 de un espino la flor cándida, hermosa,
 y vestida de púrpura la rosa.
 Que darne yo a entender que la hermosura
 que vi llevar un cántaro a la fuente,
 por engastar el barro en nieve pura 2345
 del cristal de una mano transparente,
 no pudo proceder de sangre oscura,
 y nacer entendida humildemente,
 es vano error, pues siempre amando veo
 calificar bajezas el deseo. 2350
 Pues ¿quién será Isabel, locura mía,
 con hermosura y prendas celestiales?
 ¡Oh! ¿cuándo resistió tanta porfía
 la bajeza de humildes naturales?
 No ha de pasar sin que lo sepa el día. 2355
 Industrias hay; y si por dicha iguales
 somos los dos, como mi amor desea,
 tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
 No te pienses partir, si por ventura
 no lo quieres fingir para matarme; 2360
 que ya no tiene estado mi locura
 que yo pueda perderte y tú dejarme;
 que si tienes nobleza y hermosura,
 del cántaro por armas pienso honrarme;
 que con el premio con que ya se trata, 2365

Amor le volverá de barro en plata.

Vase. Salen MARTÍN y PEDRO

PEDRO: Martín, en esta ocasión
me habéis desfavorecido;
quejoso estoy y ofendido.

MARTÍN: Pedro, no tenéis razón;
que el Conde gusta que sea
padrino con Isabel.

PEDRO: Ensancharáse con él
cuando a su lado se vea.

Yo sé que si me casara,
padrino os hiciera a vos.

MARTÍN: Yo no pude más, por Dios.

PEDRO: Pedro ¿también no la honrara?

¿No tengo cueras y sayos,
capas, calzas, que por yerro
quedaron en su destierro
vinculadas en lacayos?

Pues ¡por el agua de Dios,
aunque poca me ha cabido,
que soy yo tan bien nacido!...

MARTÍN: ¿Quién pudiera como vos
honrarme con Isabel?

PEDRO: ¿Hay hidalgo en Mondoñedo
que pueda, como yo puedo,
volver la silla a el dosel?

MARTÍN: Dejad el enojo ya;
y pues que sois entendido,
decidme si acierto ha sido
casarme.

PEDRO: Pues claro está;
que es muy honrada Leonor,
aunque pide más caudal
la talega de la sal,
que anda el tiempo a el rededor.

Mas queriendo el Conde bien
a doña Ana, por Leonor
os hará siempre favor,
y ella ayudará también
de su parte a vuestra casa.

MARTÍN: Pues con eso pasaremos.

PEDRO: ¿Quién queréis que convidemos? 2405
MARTÍN: No lo excusa quien se casa.
A Rodríguez lo primero,
a Galindo y a Butrón,
a Lorenzo y a Ramón,
y a Pierres, buen compañero. 2410
PEDRO: Haced llevar un menudo;
que no hay hueso que dejar.
MARTÍN: Eso es darles de cenar.
PEDRO: En esta ocasión no dudo
de que tendrán los señores 2415
arriba gran colación.
MARTÍN: Por allá conservas son
y confites de colores.
PEDRO: Lobos de marca mayor
tendremos en cantidad. 2420
MARTÍN: Pedro, ésta es enfermedad
que no ha menester doctor.

Vanse. Salen doña ANA y don JUAN

JUAN: Yo pienso que es condición,
y no amor, vuestra porfía.
ANA: Y ¿quién sin amor podía 2425
sufrir tanta sinrazón?
JUAN: No es sinrazón la ocasión
que me fuerza a no querer
lo que del Conde ha de ser.

Sale el CONDE, que se queda escuchando sin que le vean

CONDE: (Necios celos me han traído **Aparte** 2430
de un deudo amigo fingido
y de una ingrata mujer.)
JUAN: Cuando no os quisiera bien
el Conde, mil almas fueran
las que estos ojos os dieran. 2435
ANA: ¡Oh, mal haya el Conde, amén!
CONDE: (Don Juan la muestra desdén, **Aparte**
y ella a don Juan solicita.)
ANA: Con oro en mármol escrita
tiene el amor una ley, 2440
que como absoluto rey,

no hay traición que no permita.
 Demás, que esto no es traición;
 que nunca yo quise al Conde.
 CONDE: (En lo que agora responde **Aparte** 2445
 conoceré su intención.)
 JUAN: Ninguna loca afición
 que se haya visto ni escrito
 ha disculpado el delito
 del amigo; que el valor 2450
 es resistir a el amor
 y vencer a el apetito.
 Que yo con vos me casara
 es sin duda, si pudiera.
 ANA: Y ¿si el Conde lo quisiera, 2455
 y aun él mismo os lo mandara?
 JUAN: Entonces es cosa clara;
 mas cierta podéis estar
 que no me lo ha de mandar.
 Y así, me voy; que no quiero 2460
 dar a tan gran caballero
 ni sospecha ni pesar.
 CONDE: Detente.
 JUAN: Si habéis oído
 lo que ya sospecho aquí,
 pienso que estaréis de mí 2465
 seguro y agradecido.
 CONDE: Todo lo tengo entendido;
 y si por quereros bien
 trata mi amor con desdén
 doña Ana, no ha sido culpa, 2470
 porque sois vos la disculpa,
 y mi desdicha también.
 Dice que sabe de mí
 que os mandaré que os caséis:
 dice bien, y vos lo haréis, 2475
 porque yo os lo mando así.
 Que a saber, cuando la vi,
 que os tenía tanto amor,
 no la amara; aunque en rigor
 fue engañado pensamiento 2480
 que con tal entendimiento
 no escogiese lo mejor.
 JUAN: Aunque a Alejandro imitéis

en darme lo que estimáis,
 ni como Apeles me halláis, 2485
 ni enamorado me veis,
 ni vos mandarme podéis
 que sea lo que no fui;
 pues cuando pudiera aquí
 ser lo que no puede ser, 2490
 no quisiera yo querer
 a quien os deja por mí.
 ANA: Quedo, quedo; que no soy
 tan del Conde que me dé,
 ni tan de don Juan que esté 2495
 menos contenta ayer que hoy.
 Libre, a mí misma me doy,
 y daré luego, si quiero,
 a un honrado caballero
 mujer y cien mil ducados, 2500
 sin suegros y sin cuñados,
 que es otro tanto dinero.

Salen doña MARÍA, de madrina y muy bizarra, con LEONOR de la mano; MARTÍN, PEDRO, LORENZO, BERNAL y otro lacayos, muy galanes; Acompañamiento de mujeres de la boda, MÚSICOS.
Cantan

MÚSICOS: *En la villa de Madrid Leonor y Martín se casan: corren toros y juegan cañas.*

MARTÍN: ¡Mala letra para novios!
 PEDRO: Pues ¿no os agrada la letra? 2505
 MARTÍN: Correr toros y casarme
 paréceme a los que llevan
 pronósticos para el año
 dos meses antes que venga.
 CONDE: Gallarda viene la novia; 2510
 pero quien no conociera
 a Isabel, imaginara,
 viéndola grave y compuesta,
 que era mujer principal.
 ANA: Juzgarse puede por ella 2515
 cuánto las galas importan,
 cuánto adorna la riqueza.
 CONDE: ¡Qué perdido está don Juan!

ANA: ¡Qué admirado la contempla!
 CONDE: Por Dios, que tiene disculpa 2520
 de estimarla y de quererla;
 que la gravedad fingida
 parece tan verdadera,
 que, a no conocerla yo,
 y saber sus bajas prendas, 2525
 hiciera un alto conceto
 de su gallarda presencia.

Para sí

JUAN: (Amor, si en esta mujer
 no está oculta la nobleza,
 la calidad y la sangre 2530
 que por lo exterior se muestra,
 ¿qué es lo que quiso sin causa
 hacer la naturaleza,
 pues pudiendo en un cristal
 guarnecido de oro y piedras, 2535
 puso en un vaso de barro
 alma tan ilustre y bella?
 Yo estoy perdido y confuso,
 doña Ana celosa de ella,
 el Conde suspenso, hurtando 2540
 a su gravedad respuesta.
 Ella se parte mañana,
 diamantes me da que venda;
 ¿qué tienen que ver diamantes
 con la fingida bajeza? 2545
 Pues ¿he de quedar así,
 Amor, sin alma y sin ella?
 ¿No alcanza el ingenio industria?
 No suele en dudosas pruebas,
 por las inciertas mentiras, 2550
 hallarse verdades ciertas?
 Ahora bien; no ha de partirse
 Isabel sin que se entienda
 si en exteriores tan graves
 hay algún alma secreta.) 2555
 Conde, el más alto poder
 que reconoce la tierra,
 el cetro, la monarquía,

la corona, la grandeza
 del mayor rey de los hombres, 2560
 todas las historias cuentan,
 todos los sabios afirman,
 todos los ejemplos muestran
 que es amor; pues siendo así,
 y que ninguno lo niega, 2565
 que yo por amor me case,
 que yo por amor me pierda,
 no es justo que a nadie admire,
 pues cuantos viven confiesan
 que es amor una pasión 2570
 incapaz de resistencia.
 Yo no soy mármol, si bien
 no soy yo quien me gobierna;
 que obedecen a Isabel
 mis sentidos y potencias. 2575
 Cuando esto en público digo,
 no quiero que nadie pueda
 contradecirme el casarme,
 pues hoy me caso con ella.
 Sed testigos que le doy 2580
 la mano.

CONDE: ¿Qué furia es ésta?
 ANA: Loco se ha vuelto don Juan.
 CONDE: ¡Vive Dios, que si es de veras,
 que antes os quite la vida
 que permitir tal bajeza! 2585
 ¡Hola! Criados, echad
 esta mujer hechicera
 por un corredor, matadla.
 JUAN: Ninguno, infames, se atreva;
 que le daré de estocadas. 2590
 CONDE: Un hombre de vuestras prendas
 ¿quiere infamar su linaje?
 JUAN: ¡Ay Dios! Su bajeza es cierta,
 pues calla en esta ocasión.
 Ya no es posible que pueda 2595
 ser más de lo que parece.
 CONDE: ¿Con cien mil ducados deja
 un hombre loco mujer,
 que me casara con ella,
 si amor me hubiera tenido? 2600

MARÍA: Quedo, Conde; que me pesa
de que me deis ocasión
de hablar.

JUAN: (¡Ay Dios! ¿Si ya llega **Aparte**
algún desengaño mío?)

MARÍA: No está la boda tan hecha 2605
como os parece, señor;
porque falta que yo quiera.

Para igualar a don Juan,
¿bastaba ser vuestra deuda 2610
y del duque de Medina?

CONDE: Bastaba, si verdad fuera.

MARÍA: ¿Quién fue la dama de Ronda
que mató, por la defensa
de su padre, un caballero, 2615
cuyo perdón se concierta

por vos, y que vos buscáis?

CONDE: Doña María, a quien deban
respeto cuantas historias
y hechos de mujeres cuentan.

MARÍA: Pues yo soy doña María, 2620
que por andar encubierta...

JUAN: No prosigas relaciones,
porque son personas necias,
que en noche de desposados 2625
hasta las doce se quedan.

Dame tu mano y tus brazos.

MARTÍN: Leonor, a oscuras nos dejan.
Los padrinos son los novios.

ANA: Justo será que lo sean 2630
el Conde y doña Ana.

CONDE: Aquí
puso fin a la comedia
quien, si perdiera este pleito,
apela a Mil y Quinientas.

MIL Y QUINIENTAS HA ESCRITO:
bien es que perdón merezca.

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega. "La moza de cántaro." Association for Hispanic Classical Theater, 2026.

<https://www.comedias.org/obras/la-moza-de-cantaro/>